
EL AMOR ENTRAÑABLE DEL PADRE

GUIA PARA UNA LECTURA COMUNITARIA
DEL EVANGELIO DE JUAN

 La Casa de la Biblia



animador

evd

verbo divino



EL AMOR ENTRAÑABLE DEL PADRE

**Guía para una lectura comunitaria
del evangelio de Juan**

Animador

evd

PRESENTACIÓN

Desde hace ya dos años venimos ofreciendo unos materiales sencillos para facilitar la lectura creyente del evangelio: *El auténtico rostro de Jesús. Guía para una lectura comunitaria del evangelio de Marcos* (1996); *El impulso del Espíritu. Guía para una lectura comunitaria de los Hechos de los Apóstoles* (1997). En su origen estos materiales pretendían responder a una iniciativa concreta surgida en la diócesis de Santander para preparar la celebración del Jubileo del año 2000. Sin embargo, la difusión que han tenido estas guías de lectura ha superado con mucho las fronteras de aquel proyecto inicial. Desde diferentes lugares nos han llegado palabras de ánimo para preparar una tercera guía de lectura con la que ir descubriendo el rostro de Dios Padre. Ofrecemos ahora el resultado del trabajo de este año con la esperanza de que estos materiales sigan sirviendo de ayuda a muchos grupos cristianos para acercarse de una forma directa y viva a la Palabra de Dios.

En esta presentación repetiremos gran parte de lo que decíamos en la introducción a la guía de lectura del libro de los Hechos, pues la metodología que proponemos es la misma que ya ofrecimos allí, y la disposición de los diversos elementos de cada sesión no ha variado.

1 Un proyecto de evangelización

La clave más importante de estos materiales es que se inscriben en un proyecto evangelizador. Las fichas de lectura y las orientaciones para los animadores de los grupos pretenden llevarnos hasta el umbral de la experiencia que los primeros cristianos dejaron reflejada en el evangelio y las cartas de San Juan, y desaparecer después, para que cada uno prosiga su camino de encuentro personal con aquellos primeros testigos de Jesús.

El camino que ofrecemos se apoya en tres pilares, en tres claves de lectura, que es importante tener en cuenta antes de comenzar a caminar.

En primer lugar, proponemos hacer este camino no en solitario, sino con otros creyentes, *en comunidad*. Esta forma de leer los

Escritos de San Juan hace justicia a su primera intención, pues tanto el evangelio como las cartas fueron escritos en una comunidad y para una comunidad. Esta primera clave exige una actitud de apertura y sencillez; de aceptación de los demás y de entrega generosa de sí mismo en la comunicación de las propias experiencias.

En segundo lugar, deseamos que la lectura se haga *con actitud de fe y en clima de oración*. Queremos hacer una lectura creyente. Hay muchas maneras de leer la Biblia. Nosotros elegimos una que responde a la intención con que fueron escritos el evangelio y las cartas de San Juan: fortalecer la fe de las comunidades cristianas (Jn 20,30). Esta segunda clave requiere de los participantes una actitud de apertura a Dios, de confianza en su capacidad de hablarnos hoy a través de su Palabra y de los acontecimientos de la vida.

Y en tercer lugar, al hacer esta lectura debemos estar *abiertos a la conversión*. Si el encuentro con el Señor resucitado, a través de la experiencia que las primeras comunidades cristianas dejaron reflejada en los escritos de San Juan, no va cambiando nuestras vidas, si no nos dejamos interpelar y transformar por esa experiencia, entonces nuestro acercamiento a la Palabra de Dios habrá sido inútil.

Así pues, lo que proponemos es hacer una lectura comunitaria del evangelio y de las cartas de San Juan en clave de oración y orientada a la conversión.

2 ¿Por qué hemos elegido los escritos de San Juan?

Cada año, al comenzar a preparar estos materiales nos hacemos la misma pregunta: ¿Qué escrito del Nuevo Testamento podría ayudarnos a seguir mejor el itinerario de preparación del Jubileo? Este año teníamos que buscar un escrito que nos ayudara a descubrir el rostro del Padre, y finalmente elegimos el evangelio y las cartas de San Juan, por diversas razones.

La primera de ellas es que en estos escritos, sobre todo en el evangelio, es donde más se habla del Padre, de su proyecto de amor sobre la humanidad, de la relación de Jesús con Él. A pesar de las dificultades que entraña la lectura de estos escritos nos parecía que esta constante referencia al Padre justificaba el intento de adentrarnos en ellos.

Por otro lado, los escritos de San Juan constituyen, dentro del Nuevo Testamento, una tradición distinta a la representada por Marcos y Hechos, que son los libros que hemos leído en estos dos últimos años. Marcos y Hechos reflejan la experiencia de fe de los cristianos que vivían fuera de Palestina durante la segunda generación cristia-

na, mientras que Juan es testigo de una experiencia del cristianismo muy original que tuvo lugar en aquella misma época en Palestina o sus alrededores. El estilo, el lenguaje, los temas que aborda y la forma de plantearlos son muy diferentes. La lectura de estos escritos puede ayudarnos a enriquecer nuestra experiencia cristiana porque nos ofrece una visión complementaria a la que ya conocemos.

También hemos tenido en cuenta el hecho de que el evangelio de Juan tiene un puesto importante en las celebraciones del año litúrgico, y esto ha determinado a veces la elección de algunos pasajes para las “guías de lectura”. De este modo, la lectura que vamos haciendo en los grupos nos ayudará también a celebrar mejor nuestra fe.

Finalmente, hemos querido continuar la lectura del evangelio con la de las cartas de Juan, porque ambos escritos se complementan, pues fueron redactados para las mismas comunidades y, probablemente, por el mismo autor.

Quienes siguieran el año pasado el itinerario que propusimos para leer el libro de los Hechos, pueden dar un paso más y descubrir que el origen último de la vida de la Iglesia y de la acción del Espíritu en el mundo es el proyecto de amor del Padre. Quienes no lo hayan seguido, encontrarán también aquí sugerencias para descubrir este amor entrañable en sus propias vidas.

Lo mismo que hicimos en la lectura de Marcos y de Hechos, al leer los escritos de San Juan combinaremos dos elementos. Antes de cada encuentro leeremos unos capítulos guiados por una pregunta sencilla, que después pondremos en común al comienzo de cada reunión. Pero la mayor parte del tiempo la dedicaremos a leer y meditar juntos un pasaje concreto de la sección que hemos leído personalmente antes.

3 Desarrollo de cada encuentro

Cada reunión irá precedida de una preparación personal, y seguida de una reflexión para interiorizar lo descubierto en cada encuentro.

Antes de cada encuentro

Cada participante leerá los capítulos que se indican al final de la ficha de la sesión anterior con ayuda de una pregunta sencilla, que se encuentra en el apartado “Para preparar el próximo encuentro”. Es muy importante que todos hagan esta lectura reposadamente, y que lleven luego sus aportaciones al grupo. Si hay personas que tienen dificultades para hacerlo solas, se pueden organizar en

pequeños grupos de dos o tres para hacer esta lectura. Esta forma de preparar la reunión suele ser muy enriquecedora.

En el encuentro con el resto del grupo

La reunión tendrá dos momentos: primero pondremos en común lo que hemos descubierto en la lectura personal, y después nos centraremos en la lectura de un pasaje concreto. La guía de cada sesión ofrece sugerencias para estos dos momentos del encuentro.

La puesta en común ha de ser necesariamente breve. Su objetivo es ambientar la lectura del pasaje concreto, que será lo más importante.

La lectura del pasaje elegido seguirá siempre el mismo itinerario, que responde a las claves de lectura descritas más arriba. Este itinerario se inspira en la *Lectio Divina*, una forma de lectura creyente de la Biblia con una gran tradición en la Iglesia. Tiene cuatro pasos, que van precedidos de una sencilla ambientación:

– *Miramos nuestra vida*. Partimos siempre de una experiencia de vida, para que todo el mundo pueda participar. Cuando se empieza a hablar de teorías muchos quedan excluidos de la conversación. Cuando se habla de experiencias de vida todos tienen algo que aportar. Puede que al principio haya gente a la que le cueste hablar. Una forma de hacer participar a todos es que el animador plantee a un miembro la pregunta que viene en este apartado, y luego él, después de responderla, le haga esta misma pregunta a otro, y así sucesivamente hasta que todos hayan opinado.

– *Escuchamos la Palabra de Dios*. Debe hacerse con esmero y dedicación. En cada ficha ofrecemos unas preguntas y la indicación de que se consulten las notas, y de que cada uno vuelva a leer personalmente el pasaje elegido. El objetivo fundamental de este segundo paso es descubrir la experiencia de fe que se encuentra reflejada en cada pasaje. En este momento el animador podrá iluminar al grupo si antes ha preparado bien la reunión consultando la explicación del pasaje que le ofrecemos en los materiales complementarios. Sin embargo ha de tener mucho cuidado para no anular las aportaciones del grupo. Sólo debe hablar al final, para subrayar, valorar y completar lo que el grupo ha descubierto.

– *Volvemos sobre nuestra vida*. En este tercer momento se trata de poner en diálogo la experiencia de la que hemos hablado al principio con lo que hemos descubierto en la Palabra de Dios. Ha de ser un diálogo sincero y desde la fe. Para que todos participen puede seguirse la técnica descrita en el apartado “Miramos nuestra vida” u otra. El animador, si está atento, irá captando qué es lo que facilita más la participación.

– *Oramos*. Todos los encuentros terminarán con una breve oración, relacionada con lo que hemos descubierto para nuestra vida. Aquí ofrecemos a veces símbolos o acciones simbólicas que ayuden al grupo en este paso a la oración. Son sólo sugerencias, que deben seguirse en la medida que ayuden al grupo a orar.

La reunión puede durar entre una hora y cuarto y una hora y media, dependiendo del número de personas que integren el grupo. A la primera parte (puesta en común) se le puede dedicar entre veinte minutos y media hora; y a la segunda (lectura del pasaje elegido) aproximadamente una hora.

Después del encuentro

Es conveniente que el encuentro se prolongue en una reflexión personal, en la que cada uno interioriza lo que ha descubierto en la reunión. También debe extenderse en el compromiso que cada uno va adquiriendo.

4 Programar los encuentros

Cada grupo tendrá que hacer su propia planificación, dependiendo de las reuniones que decida tener en el curso. Los materiales están pensados para que puedan utilizarse de diversas formas, de modo que puedan responder a situaciones diversas.

Se ofrecen fichas para quince sesiones, pero no es necesario que todos los grupos tengan las quince reuniones. Como mínimo habría que tener diez para abordar los temas centrales del libro y leer la mayor parte del mismo. Existen también posibilidades intermedias. Cada grupo con su animador tendrá que hacer su programa. Para ello, ofrecemos aquí algunas claves.

Para el “itinerario breve” (diez sesiones) sugerimos las sesiones: 1, 2, 3, 5, 7, 8, 9, 11, 13 y 15. Las nueve primeras proponen la lectura de todo el evangelio, excepto los caps. 7-8, que son bastante complejos, y que en una primera lectura pueden saltarse. Si el animador lo considera oportuno por alguna razón, puede elegir la sesión 4 en lugar de la 3, y la 10 en lugar de la 11, pues en ambos casos dedicamos dos sesiones a leer los mismos capítulos. La última sesión es también importante por el tema y porque la hemos pensado como revisión de todo el recorrido.

Caben posibilidades intermedias, de acuerdo con las necesidades y las preferencias del grupo. El animador y el grupo irán decidiendo de acuerdo con las reuniones que puedan tener.

5 Cómo utilizar estos materiales

Los materiales que ofrecemos son de dos tipos. Unos están pensados para utilizarlos directamente en el grupo, y otros para ayudar al animador en su tarea. Los segundos van en letra más pequeña y se identifican con un icono (☞).

Material para los participantes

- Lectura continuada
- Guía de lectura
- Para profundizar
- Para preparar el próximo encuentro

De la primera y la segunda ya hemos hablado más arriba al describir el desarrollo de la reunión.

En el apartado “Para profundizar” ofrecemos una serie de explicaciones sobre el tema central de la sesión. Puede utilizarse de dos formas distintas: a) invitando a los participantes a que lo lean y reflexionen sobre él después de la reunión; b) leyéndolo juntos al final de la reunión como conclusión de la misma. Esta segunda fórmula es, probablemente, la mejor porque así nos aseguramos de que todos lo leen.

En el recuadro “Para preparar el próximo encuentro” se dice qué capítulos hay que leer para el siguiente encuentro y cuál es la pregunta que hay que tener presente al leerlos. Cuando no se hacen todas las sesiones hay que indicar a los participantes cuál es el recuadro que deben utilizar para preparar la reunión, pues a veces no será el de la ficha que han trabajado en la sesión, sino el de la precedente a la que se trabajará al día siguiente.

Material para el animador

- ¿Qué buscamos con este encuentro?
- Orientaciones para la puesta en común de la lectura continuada
- Explicación del pasaje que se lee en grupo

En la sección “¿Qué buscamos con este encuentro?” pretendemos aclarar cuál es el objetivo de la sesión. El animador debe tenerlo muy claro antes de comenzar, pues así podrá orientarla mejor. Esto no quiere decir que deba seguirlo con rigidez, pues a veces surgen cuestiones que es necesario abordar, y habrá que dejar un poco de lado la marcha normal de la sesión. Tener claro el objetivo ayuda a no perderse y a saber hacia dónde caminamos.

En las orientaciones para la puesta en común se ofrecen algunos datos para centrar esta primera parte de la sesión, que podría alargarse demasiado si el animador no la reconduce hacia la pregunta que se hizo para facilitar la lectura de los capítulos correspondientes.

Finalmente, la explicación del pasaje que se lee en cada sesión pretende ofrecer al animador una serie de datos para complementar las aportaciones de los miembros del grupo. En algunos casos, incluso, podría leer al grupo algunos párrafos que iluminen una cuestión que se debate o que conviene aclarar.

6 Bibliografía básica

Sería muy interesante que los animadores, al menos aquellos que puedan hacerlo, completaran los materiales que les ofrecemos con un estudio algo más detallado de los escritos de San Juan. En cualquier caso conviene que tengan acceso a algunos libros básicos de consulta, para poder resolver las cuestiones que se vayan planteando. He aquí algunas sugerencias:

– J. L. Sicre, *El Cuadrante. Parte III: El encuentro. El cuarto evangelio* (Estella 1998) Ed. Verbo Divino.

Este libro puede ser de gran ayuda tanto para los animadores como para los participantes, porque va descubriendo con un estilo narrativo y atrayente las claves para comprender el evangelio de Juan. Si el grupo está de acuerdo en adoptarlo como lectura complementaria de las sesiones, sería conveniente que el animador lo leyera con anterioridad y fuera señalando al grupo las páginas en las que se explican los pasajes que se abordarán en las sesiones del grupo, para que puedan ser leídas antes de la reunión.

– L. F. García-Viana, *El Cuarto Evangelio* (Madrid 1996) Ed. Paulinas.

Una introducción sencilla y bien documentada sobre los diversos aspectos (histórico, literario y teológico) del evangelio de Juan. En la parte central del libro va haciendo una lectura continuada de todo el evangelio que puede ser muy útil a los animadores para preparar la “lectura continuada” de cada encuentro.

– J. O. Tuñí-X. Alegre, *Escritos joánicos y cartas católicas* (Estella 1995) Ed. Verbo Divino.

Se trata de un manual pensado para los estudiantes de teología. No lo recomendamos para leerlo de seguido, sino como libro de consulta para los animadores sobre algún aspecto.

– F. Fernández Ramos, “Evangelio según San Juan. Introducción y comentario”, en S. Guijarro-M. Salvador, *Comentario al Nuevo Testamento* (Madrid, Salamanca, Estella 1995) Ed. Atenas, PPC, Sígueme y Verbo Divino.

Ofrece una introducción y comentario a todos los pasajes del evangelio, así como un vocabulario elemental con las expresiones que tienen un sentido especial en la obra de San Juan. El mismo autor presenta en este libro un breve comentario a las cartas.

– J. Guillet, *Jesucristo en el evangelio de Juan* (Estella 1986) Ed. Verbo Divino. Cuadernos Bíblicos n° 31.

– M. Morgen, *Las cartas de Juan* (Estella 1988) Ed. Verbo Divino. Cuadernos Bíblicos n° 62.

El primero de estos dos cuadernos se centra en la presentación de Jesús que hace el evangelio de Juan. El segundo puede ser muy útil para las dos últimas sesiones, que dedicamos a leer la primera carta de San Juan

Finalmente recomendamos dos comentarios amplios y documentados, que pueden ser utilizados, sobre todo, como material de consulta, para aclarar la interpretación de algún pasaje concreto.

– R. Brown, *El evangelio según San Juan*. 2 Vols. (Madrid 1979) Ed. Cristiandad.

Es un comentario muy detallado. En cada pasaje comienza analizando las palabras y expresiones concretas, y luego pasa a una explicación de conjunto. Al final de cada explicación incluye bibliografía sobre el pasaje comentado.

– X. Léon-Dufour, *Lectura del evangelio de Juan*. 4 Vols. (Salamanca 1995) Ed. Sígueme.

Es el comentario que más puede ayudar al animador a completar las explicaciones de los diversos pasajes. Su objetivo es hacer una lectura del texto del evangelio tal como ha llegado hasta nosotros, buscando su coherencia y resaltando los grandes temas teológicos que aparecen una y otra vez.

El equipo de La Casa de la Biblia

1 OS PROPONEMOS DESCUBRIR JUNTOS EL AMOR DEL PADRE



¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

El primer encuentro de un grupo es muy importante. En él los participantes se conocen, se sitúan, se crean relaciones entre ellos, se concreta qué se va a hacer y cómo. Por eso el animador debe prepararlo detenidamente, y debe realizarlo sin prisa intentando crear un clima cordial entre las personas que asisten.

Tu cometido como animador en esta primera sesión consistirá en:

a) Antes de la reunión:

- Recordar a los participantes el día, la hora y el lugar de la reunión.
- Preparar la sala donde se tendrá el primer encuentro: que sea un lugar acogedor, tranquilo, que los asientos estén colocados de tal modo que se vean todos. En un lugar destacado puede haber un símbolo (por ejemplo la Biblia abierta, un cirio encendido, un icono, etc.).

b) Durante la reunión:

Como hemos dicho, este primer encuentro es una toma de contacto. Lo dedicaremos a ponernos de acuerdo en lo que vamos a hacer y cómo: fijaremos los objetivos para el curso, la metodología, el horario y otras cosas que ayudarán al correcto funcionamiento del grupo. Que-

remos también iniciar a los participantes en la lectura del evangelio de Juan, engancharles en la aventura que juntos vamos a recorrer.

Concretamente nos proponemos:

- Crear un buen clima entre los participantes (relaciones).
- Ponernos de acuerdo en lo que vamos a hacer (objetivos).
- Establecer cómo lo vamos a hacer (metodología).
- Despertar el interés por el evangelio de Juan.

DESARROLLO DEL ENCUENTRO

En este primer encuentro vamos a intentar ponernos de acuerdo sobre lo que vamos a hacer en el grupo y cómo lo vamos a hacer. Es importante que manifestemos lo que esperamos de estas reuniones, pues vamos a comenzar un camino juntos y será más fácil llegar a la meta si desde el principio exponemos nuestras expectativas y logramos ponernos de acuerdo en cómo vamos a caminar.

Seguiremos los siguientes pasos:

- Saludo de bienvenida de parte del animador o de quien haya convocado al grupo.


- Presentación de cada uno de los participantes.

- Ponemos en común las motivaciones que cada uno ha tenido para venir al grupo y lo que espera encontrar en él. Una vez que todos nos hayamos expresado, el animador expone al grupo el objetivo que propone la parroquia o la comunidad que convoca. Entre todos, animador y participantes, trataremos de establecer el objetivo del grupo, un objetivo común aceptado por todos.

- Nos ponemos de acuerdo en cómo lo vamos a hacer, escuchando atentamente la explicación que el animador hará de los materiales.

- Acordamos el lugar, la hora y la frecuencia de nuestros encuentros.

- Presentamos la tarea para la próxima reunión.

 Para facilitar la tarea al animador, explicamos a continuación cómo realizar los pasos que acabamos de mencionar, indicando entre paréntesis el tiempo aproximado que podemos dedicar a cada uno de ellos. Ofrecemos dos posibilidades: una, si es la primera vez que se reúne el grupo, otra, si ya lleva un tiempo de rodaje. El animador, para adecuarse mejor a su grupo, puede estudiar la posibilidad de mezclar ambas opciones.

Si es la primera vez que se reúne el grupo:

1. *Entablar relaciones* (10'). En un tono distendido y amable, el animador da la bienvenida a los participantes y les invita a que se presen-

ten, sobre todo aquellos que no se conocen. Para ello puede utilizar alguna técnica de dinámica de grupos, o sencillamente pedir que cada uno diga cómo se llama, dónde vive, a qué se dedica, etc. Esta primera presentación puede ser breve.

2. *Establecer el objetivo* (30'). Una vez que todos se han presentado, se pasa al momento central del encuentro. Se trata de ponernos de acuerdo sobre el objetivo del grupo para este año. El animador pregunta a los participantes qué esperan encontrar en este grupo. Sería conveniente que uno de los integrantes del grupo hiciera la labor de secretario/a y apuntara lo que va saliendo. Cuando todos hayan hablado, intentará presentar un resumen de lo dicho, subrayando en lo que se haya coincidido más. Seguidamente el animador presentará cuál es el objetivo que se pretende al convocar estos encuentros:

Hacer una lectura comunitaria del evangelio y la primera carta de San Juan en clave de oración y orientada a la conversión.

Entre todos, trataremos de compaginar este "objetivo oficial" con los objetivos expresados, intentando extraer un objetivo común, válido para este grupo y este año.

Al final el animador pedirá al secretario/a que escriba el objetivo en el que nos hemos puesto de acuerdo para poder revisarlo más adelante.

3. *Explicar la metodología* (10'). El animador explica la metodología que se va a seguir, refiriéndose sólo a las grandes líneas:

- Los miembros del grupo preparan cada encuentro antes de la reunión comunitaria, leyendo los capítulos que se indican al final de cada sesión en el recuadro "Para preparar el próximo encuentro", teniendo presente la pregunta que se propone para guiar dicha lectura.

La preparación de cada encuentro puede ser individual o pueden hacerla también varias personas juntas. Esto último es aconsejable si cuesta la lectura personal, si hay dificultad para sacar tiempo o por otros motivos.

- Los encuentros tendrán básicamente dos partes. En la primera, que será más breve, pondremos en común lo que cada uno ha discutido en la lectura personal. En la segunda, que será la más extensa, haremos la lectura de un pasaje concreto, siguiendo los pasos y las preguntas que se indican en la "Guía de lectura".

- Dentro de la misma reunión o tal vez en otra (esto debe decidirlo el grupo), puede leerse el apartado "Para profundizar", en el que se desarrollan una serie de temas básicos que aparecen en el evangelio y la primera carta de Juan y que tienen relación con problemas y situaciones de la vida de la Iglesia de hoy.

4. *Cuestiones prácticas.* Las dos más importantes para comenzar son:

- Establecer el lugar, día y hora de las reuniones.
- Elegir un secretario/a para el resto de las sesiones y dos o tres personas que se ocupen de la ambientación para el próximo encuentro.

5. *Explicar el recuadro* “Para preparar el próximo encuentro”. Al hacerlo conviene comprobar si todos los miembros del grupo saben buscar las citas. Si hay alguno que no sepa, sería bueno explicarlo y dedicar algunos minutos a buscar algunas citas, para que todos sepan cómo hacerlo.

6. Si se considera adecuado, podría leerse en grupo el apartado “Para profundizar” de este tema. Lo normal es que no haya tiempo, y en ese caso podría pedirse a los participantes que lo leyeran en casa y comentarlo brevemente al comienzo de la próxima reunión. Aquellos grupos que dispongan de tiempo podrían, incluso, dedicar una sesión a comentar lo que se dice en dicho apartado, completándolo con las informaciones que cada uno puede encontrar en la introducción de su Biblia al evangelio y la primera carta de San Juan.

Para los grupos que ya tienen un rodaje

Lo expuesto hasta aquí es válido sobre todo si es la primera vez que se reúne el grupo. Pero si éste lleva ya uno o dos años de camino, y especialmente si han utilizado las dos guías anteriores, *El auténtico rostro de Jesús* y *El impulso del Espíritu*, lo más probable es que algunas de las indicaciones que hemos ofrecido no sean necesarias. Señalamos a continuación algunas notas que pueden ser útiles al animador que tenga un grupo bíblico con algún año de camino:

1. Tras la *acogida* cordial y dado que los participantes ya conocen el nombre y los datos externos de los miembros del grupo, el animador podría invitarles a *presentarse* de modo distinto. Pueden hacerlo a partir de un pasaje. Cada uno de los participantes elige un texto bíblico que en este momento de su vida le sea particularmente cercano, lo comenta al grupo y dice por qué le resulta significativo: por su situación familiar, por su búsqueda, porque responde a sus esperanzas... Así comenzamos compartiendo algo de lo que somos, algo de lo que nos afecta por dentro. Éste es el tipo de comunicación que queremos seguir manteniendo en el grupo bíblico.

2. Nos ponemos de acuerdo en el objetivo del grupo para este año. Conjugamos el “objetivo oficial” con los objetivos personales para elaborar el *objetivo común* del grupo. Como ya hay experiencia, se puede seguir el camino de otros años, poniendo atención en no caer en los mismos errores: tal vez un objetivo excesivamente amplio, no evaluable...

3. Presentación breve de la *metodología* (ya se conoce de otros años). El animador puede entablar, en este momento, un *diálogo* con los participantes.

- Breve repaso por lo esencial de los años anteriores:
 - 1^{er} año: Quién es Jesús, quiénes somos sus discípulos.
 - 2^o año: El Espíritu de Jesús resucitado impulsa a la misión hasta los confines de la tierra. Se crean comunidades cristianas que extienden el Evangelio.
- Este año queremos acercarnos al amor entrañable del Padre que nos revela Jesús. Lo haremos desde el evangelio y la Primera carta de san Juan. Si preguntáramos al autor cómo debemos leer este evangelio, nos respondería con Jn 20,30-31.

El animador, después de invitar a que alguien proclame el pasaje, lo comenta con el grupo. Pueden ayudarle las notas de su Biblia o estas reflexiones:

- La intención de Juan al escribir su evangelio aparece en el primero de estos versículos: “para que creáis”. Éste fue su objetivo. Invita así al lector de todos los tiempos a entrar en el juego de la opción a favor o en contra de Jesús, decisión que marca toda su obra.
 - Jesús para Juan y para el creyente es el Mesías, más aún, su unión con el Padre manifiesta que es el Hijo de Dios. Lo dicen sus signos y sus palabras.
 - Si aceptamos a este Jesús, si optamos por Él, alcanzamos la vida eterna.
- Podemos terminar con una breve oración en torno a este pasaje.
4. Comentamos algunas cuestiones prácticas que nos serán de utilidad durante este curso: quedamos en la hora, lugar de reunión...
5. Leemos juntos el recuadro “Para preparar el próximo encuentro”. Recordamos la dinámica de otros años en este punto.

6. Quedamos de acuerdo en cómo vamos a leer el “Para profundizar” de esta primera sesión: en casa, en la próxima reunión del grupo...

PARA PROFUNDIZAR

“LA CASA DE LOS TESTIGOS” Introducción al evangelio de Juan

Escribir un libro es como construir una casa. Se parte de un proyecto, se edifica sobre un solar y, poco a poco, va subiendo la obra. Primero los cimientos, luego las paredes exteriores, las interiores, los retoques, la decoración... Distintas personas se implican para que todo resulte bien: el arquitecto, el aparejador, los albañiles, los fontaneros, los electricistas...

Podemos comparar la composición del evangelio de Juan con la construcción de una casa. Vamos a acercarnos a ella, vamos a visi-

tarla, admirarla, leer los grabados de sus piedras, respirar su ambiente para ver si nos ayuda a seguir construyendo hoy nuestra vida.

¿Quién tuvo la idea?

Toda construcción parte de un proyecto. El arquitecto, teniendo presente ese proyecto, elabora los planos y el aparejador se ocupa de que los trabajadores sean fieles al proyecto original.

Leyendo el evangelio de Juan podemos decir que el proyecto partió de Dios. Deseaba la salvación de todos los hombres y envió a su Hijo para que por Él tuviéramos vida eterna (Jn 3,16). Jesús, su Hijo, fue el arquitecto. Quería, de parte de su Padre Dios, construir un mundo en el que todos fuéramos iguales, hijos de Dios y hermanos unos de otros. Con su vida mostró cómo llegar a este proyecto. Hubo un aparejador, al que se llamó el discípulo amado, que puso manos a la obra. Reflexionó, trabajó y meditó lo que había oído a Jesús, se lo mostró a una comunidad de hombres y mujeres que quisieron implicarse en la tarea de llevar a cabo el proyecto de Dios desde la experiencia que les presentaba Juan, el discípulo amado. Su vida, su reflexión, su testimonio guiaron a esta comunidad. Cuando Juan les dejó quisieron continuar aquel proyecto. Podían seguir adelante, porque si Juan había sido alguien muy cercano a Jesús, ellos tenían el Espíritu del Maestro que les ayudaría a interpretar correctamente sus indicaciones (Jn 16,13). Así, como obra de toda una comunidad, se va construyendo el evangelio de Juan. En él se recoge la Buena Noticia del amor: del amor de Dios (Jn 3,16), del amor de su Hijo, Jesús (Jn 13,1), del amor del cristiano (Jn 13,24-25).

¿Para qué se construyó esa Casa?

Una inscripción en una de sus piedras señala el motivo: “para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis en Él vida eterna” (Jn 20,31). Se construye la casa para que las personas que la visiten queden encantadas y extiendan por nuestra historia humana el proyecto que Dios nos ha mostrado en Jesús. Esto es creer, y conduce a la vida eterna.

Esta casa está llena de personas que han creído y que nos invitan a hacer lo mismo. Son testigos. Por eso la hemos llamado simbólicamente “La Casa de los Testigos”. En esta casa, el evangelio de Juan, es clave el testimonio: Jesús, el Hijo de Dios, se presenta como el que da testimonio del Padre, es el gran testigo porque estaba unido al Padre y nos lo puede revelar mejor que nadie. Su proyecto es continuado por una gran multitud de testigos. Entre ellos hay una persona muy importante para la comunidad, Juan, el discípulo amado, aquel que “da testimonio de todas estas cosas”

(Jn 21,24). Entrando en la casa nos sorprenden otros testigos: junto al pozo, la Samaritana; al lado de la piscina, el paralítico; cerca de la luz, el ciego; en el interior de la casa, Marta y su hermana María... Los constructores de la casa también nos presentan su vivencia al principio y al final del evangelio, como queriendo abrazar todo lo que se dice en él: "... habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria" (Jn 1,14), "... nosotros sabemos que dice la verdad" (Jn 21,24). Por tanto, nada más entrar en la casa, todo y todos nos invitan a encontrarnos con Jesús y a ser sus testigos.

¿Cuándo y dónde fue construida esta Casa?

Cuando se va a construir una casa, se van reservando los materiales para poder disponer de ellos en el momento preciso. En el caso del evangelio de Juan también fue así. Los recuerdos del discípulo amado fueron guardados, vividos y celebrados en las comunidades, transmitidos con cariño a los nuevos grupos que iban surgiendo. En un momento dado, se consideró importante empezar a poner todo eso por escrito, mientras se seguían viviendo las enseñanzas de Jesús transmitidas por Juan. Vivían y escribían, escribían y vivían. Veían importante dar respuestas nuevas a nuevas necesidades, manteniendo la fidelidad al proyecto de Jesús según se lo había transmitido el discípulo amado. Podían hacerlo porque el Espíritu, presente en ellos y entre ellos, les hacía penetrar y descubrir lo que significaba la encarnación de Jesús en la realidad conflictiva que les tocaba vivir. Tras unos cuantos retoques, la casa termina de construirse alrededor de los años 90-100 d.C., aunque hay piedras que encontraron su hueco más tarde. Tampoco se sabe dónde fue construida exactamente. Quizá en algún lugar de Palestina.

¿Cómo se organizó la Casa?

"La Casa de los Testigos" tiene dos puertas, una de entrada y otra de salida, y dos pisos divididos, a su vez, en salas pequeñas. El gran pórtico de entrada es el prólogo (Jn 1,1-18) y en él se anticipan los grandes temas que aparecerán constantemente a lo largo de todo el evangelio: palabra, vida, luz, mundo, fe, Jesús, hijo de Dios, el Padre, los hombres.

Al primer piso de la casa se le ha llamado "Libro de los signos" (Jn 2,1-12,50), porque está construido sobre siete acciones de Jesús a las que Juan llama signos: curación de un paralítico, multiplicación del pan, resurrección de Lázaro... Cada uno de estos signos va acompañado de una explicación en forma de diálogo o discurso que explica el sentido del signo y ahonda en el misterio de Jesús.

Al segundo piso de la casa se le denomina "El libro de la Pasión y de la Gloria" (Jn 13,1-20,31), porque en él se manifiesta la gloria de

Jesús y su victoria sobre todos los enemigos, incluso en el momento de su pasión y muerte.

De “La Casa de los Testigos” se puede salir por el pórtico de entrada, el prólogo, porque, tras leer el evangelio de Juan, podemos terminar por él para obtener una visión resumida del libro. También se puede salir por la puerta de Jn 21,1-25, donde se relatan algunas apariciones del resucitado y donde se ponen en relación dos figuras muy importantes en la Iglesia primitiva: Pedro y el discípulo amado.

“La Casa de los Testigos” nos espera con las puertas abiertas. Estamos invitados a entrar en ella para sumarnos, con la comunidad de Juan, al proyecto de Dios. Como discípulos amados somos llamados a permanecer con el Maestro, a recibir su Espíritu, a contemplar en Él y con Él la imagen más clara del Padre, porque “a Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer” (Jn 1,18).

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para preparar nuestra próxima reunión leeremos el primer capítulo del evangelio de Juan (Jn 1,1-51). En él se nos presenta la figura de Jesús de una manera diferente a la que encontramos en los demás evangelios. Por eso, mientras vamos leyendo, nos podemos preguntar:

¿Con qué expresiones o “títulos” es llamado Jesús en este primer capítulo?

2 JESÚS, PALABRA DEL PADRE



👉 ¿QUÉ BUSCAMOS EN ESTE ENCUENTRO?

En esta reunión comenzamos a leer el evangelio de Juan. Y lo hacemos empezando por el hermoso poema que le sirve de prólogo y nos prepara para saborear en profundidad lo que vendrá después. Por eso, en el encuentro de hoy vamos a tratar de:

- Introducirnos en el conocimiento del evangelio de Juan a través de su puerta de entrada que es el prólogo.
- Descubrir a Jesús como “Palabra de Dios”, es decir como aquel mediante el cual el Padre se comunica con los hombres y les revela su rostro.
- Admirarnos y agradecer el hecho de que Dios quiera seguir dirigiéndonos hoy su Palabra para dialogar con nosotros aquí y ahora.

LECTURA CONTINUADA

Puesta en común sobre Jn 1,1-51

La primera sección del evangelio de Juan consta de un prólogo en forma poética (Jn 1,1-18) y un prólogo en forma narrativa (Jn 1,19-51) en el que Juan Bautista da testimonio de Jesús y se relata la vocación de los primeros discípulos.

Esta parte introductoria quiere ambientar al lector y prepararle para comprender mejor el resto del evangelio. Para ello comienza presentando a su protagonista con una profundidad inusitada. Ya desde el principio, el autor quiere dejar bien claro que Jesús es el único que puede revelar auténticamente el rostro de Dios. Por eso, en el prólogo poético, lo llama “Palabra”: porque sólo Él puede hablarnos en su nombre y decirnos de verdad quién es el Padre.

Al leer esta sección introductoria del evangelio de Juan, nos habíamos propuesto contestar a la siguiente pregunta: *¿Con qué expresiones o “títulos” es llamado Jesús en este primer capítulo?*

Vamos a dedicar unos minutos a que cada miembro del grupo pueda compartir con los demás lo que ha descubierto.

👉 Cuando todos hayan aportado el fruto de su lectura, repasamos juntos algunos datos importantes que debemos tener en cuenta:

- En el prólogo poético (Jn 1,1-18) el evangelista llama a Jesús “Palabra”. También le aplica los títulos de “Hijo único del Padre”, “Jesucristo”, “Hijo único” y “Dios”.

- En el prólogo narrativo (Jn 1,19-51) Juan Bautista lo llama dos veces “Cordero de Dios” y una vez “Hijo de Dios”. Indirectamente reconoce que Jesús es el “Mesías” (Jn 1,20) y el “Señor” (Jn 1,23). Los primeros discípulos lo llaman “Maestro”, “Mesías” (“Cristo”), “hijo de José”, “Hijo de Dios” y “Rey de Israel”. También afirman que Jesús es “aquel del que escribió Moisés en el libro de la ley, y del que hablaron también los profetas”.

- Jesús, en cambio, se refiere a sí mismo con el apelativo de “Hijo del hombre” (Jn 1,51).

La lectura del evangelio nos ayudará a adentrarnos mucho más en el conocimiento de Jesús, y a saber en qué sentido cada uno de estos títulos expresa lo más profundo de su identidad.

GUÍA DE LECTURA

“Al principio ya existía la Palabra”

Antes de comenzar buscamos **Jn 1,1-18**

► Ambientación

Al comenzar a leer el evangelio de Juan nos encontramos con un antiguo himno cristiano en el que resuenan algunos de los temas que después veremos desarrollados a lo largo de la narración evangélica.

► **Miramos nuestra vida**

Los seres humanos no podemos vivir aislados. Necesitamos relacionarnos y comunicarnos. Por eso, la palabra es uno de los dones más preciados que poseemos. Gracias a ella expresamos lo que somos, lo que sentimos, lo que esperamos, lo que creemos... Gracias a ella podemos salir al encuentro de los otros y establecer con ellos vínculos de colaboración y de amistad. Pero comunicarse no siempre es fácil. Todos sabemos que, a veces, encontramos muchas dificultades para entablar un diálogo sincero y profundo con los demás. Por eso, vamos a comenzar nuestra reunión de hoy reflexionando juntos sobre estas preguntas:

– *¿Podríamos contar a los demás miembros del grupo alguna experiencia positiva de comunicación que hayamos tenido?*

– *¿Qué sentimos cuando no podemos comunicar lo que vivimos?*

► **Escuchamos la Palabra de Dios**

El evangelio de Juan comienza con una proclamación sorprendente: Dios también quiere comunicarse con nosotros, y ya desde antes de la creación del mundo ha buscado la manera de entablar un diálogo con los seres humanos.

- Nos ponemos en disposición de abrirnos a la Palabra –con mayúscula–, guardando un momento de silencio e invocando el auxilio del Espíritu Santo.

- Proclamación de Jn 1,1-18.

- Reflexionamos en silencio: leemos de nuevo el pasaje personalmente y consultamos las notas de nuestra Biblia para que nos ayuden a entenderlo mejor.

- Respondemos entre todos a estas preguntas:

- *¿Qué relación hay entre Dios y la Palabra según este himno?*

- *¿Qué relación existe entre la Palabra y la creación?*

- *¿Qué puede ofrecer la Palabra a los hombres? ¿Qué hace para comunicarse con ellos? ¿Cómo acogen los hombres esa comunicación?*

- *¿Qué nos enseña este himno sobre Dios Padre?*

► **Volvemos sobre nuestra vida**

La Palabra de Dios no enmudece nunca. La historia de la comunicación entre Dios y los hombres tiene aún muchos capítulos por escribir. Él quiere seguir dialogando con nosotros. Nos habla de muchas maneras. Pero ante esa Palabra nuestra postura puede ser muy diversa. Podemos acogerla, pero también podemos rechazarla. Por eso debemos preguntarnos:

– *¿De qué maneras sigue comunicándose Dios con nosotros hoy?*
¿En qué realidades humanas (lugares, situaciones, personas...) nos

resulta más fácil o más difícil escucharle? ¿Cuándo acogemos su Palabra? ¿Cuándo la rechazamos?

► **Oramos:**

Expresamos en forma de oración lo que la lectura y la meditación del prólogo de Juan nos ha sugerido:

- Para ambientar la oración podemos colocar en medio de la sala una Biblia abierta (Palabra de Dios) sobre unos cuantos periódicos (vida - realidad humana). Nos hacemos conscientes de que, cada vez que rezamos, el Padre vuelve a dirigirnos su Palabra y nosotros, desde nuestra realidad, dialogamos con Él.

- Leemos de nuevo Jn 1,1-18 después de un breve silencio que nos ayude a crear clima de oración.

- Cada uno ora personalmente a partir de lo que hemos reflexionado y dialogado juntos.

- Expresamos nuestra oración comunitariamente.

- Podemos acabar cantando juntos “Palabra que fue luz” o recitando un fragmento del salmo 119 (118): “Dichosos los que siguen la ley del Señor”.

👉 **EXPLICACIÓN DEL PASAJE**

Lo primero que encontramos al comenzar a leer el evangelio de Juan es un hermoso y enigmático poema. Muchos especialistas están de acuerdo en afirmar que se trata de un antiguo himno cristiano que, a modo de “credo”, servía a las primeras comunidades para confesar su fe en Jesús. El autor del cuarto evangelio lo encontró ya compuesto, pero lo retocó y adaptó según sus necesidades antes de ponerlo como prólogo o introducción a toda su obra.

El protagonista de este himno es llamado “La Palabra” (que en griego se dice *Logos* y en latín *Verbum*, lo que explica las traducciones que encontramos en algunas Biblias) y se refiere a Jesucristo. Llamándolo así el autor nos presenta a Jesús como aquel que puede poner en comunicación a Dios y a los hombres. Porque el prólogo del evangelio de Juan puede ser leído como una “Historia de la Palabra de Dios”, es decir, como un relato de lo que Dios ha hecho desde el momento de la creación del mundo para comunicarse a sí mismo y entrar en diálogo con los hombres. Esa historia del encuentro entre Dios y la humanidad llega a su punto culminante cuando la Palabra se hace carne en Jesucristo, la verdadera “Palabra de Dios”, el único que puede contarnos quién es el Padre porque es el único que lo ha visto cara a cara.

Al dotar a su obra de un prólogo semejante, el autor quiere prepararnos para leer el resto del evangelio. Por eso nos revela desde el prin-

cipio la identidad más profunda de Jesús y nos habla de su origen divino y eterno.

La *primera estrofa* (Jn 1,1-3) empieza con las mismas palabras con las que comienza el relato de la creación en el libro del Génesis. Con ello se nos invita a releer toda la Historia de la Salvación con una mirada nueva: “Al principio... ya existía la Palabra”. Es tanto como decir que, ya antes de poner manos a la obra en la formación del universo, Dios tenía ganas de hablar, de dialogar, de relacionarse. En su seno había una Palabra que deseaba pronunciar para comunicarse a sí mismo. Y esa Palabra no es una criatura: “La Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios”.

Entre la Palabra y Dios se da una relación de intimidad y comunión, entre ambas existe un dinamismo de diálogo y amor que los lleva a proyectarse hacia fuera porque Dios quiere comunicarse. Por eso, la primera “tarea” que la Palabra lleva a cabo es la de la creación: “Todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir”.

En la *segunda estrofa* del prólogo (Jn 1,4-5) se estrecha el campo de visión. Ya no se habla de la creación en general, sino de los hombres con quienes Dios desea comunicarse a través de su Palabra. Con su benéfica influencia, la Palabra se convierte para ellos en fuente de vida y de luz: “En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres”. Vida y Luz son los dos grandes dones que la Palabra puede hacer a los seres humanos si éstos aceptan su oferta de diálogo. Y esa vida les iluminará para que no caminen en medio de las tinieblas. Fuera de este diálogo con Dios, hombres y mujeres están abocados al fracaso existencial. Su vida carece de sentido. No conduce a la salvación.

De este modo, la historia de la humanidad es contemplada como un campo de batalla donde luchan la luz y las tinieblas. Pero hay razones para el optimismo: “la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la sofocaron”.

La *tercera estrofa* del poema (Jn 1,6-8) está escrita en prosa y rompe el ritmo poético del prólogo. La victoria de la luz sobre las tinieblas tiene sus testigos. Uno de ellos es Juan Bautista. Él no es la luz. Es sólo “un hombre enviado por Dios”. Pero en su voz puede escucharse la voz de todos los profetas por medio de los cuales Dios ha querido hacer resonar su Palabra en medio del mundo para iluminarlo. Juan da su testimonio a favor de la luz “a fin de que todos creyeran por él”. Su objetivo es que “todos”, sin distinción alguna, lleguen a la fe, es decir a reconocer y acoger en su vida la oferta de salvación de la que es portadora la Palabra.

La *cuarta estrofa* del prólogo de Juan (Jn 1,9-13) nos habla precisamente de cómo ha reaccionado históricamente la humanidad ante esa oferta de salvación que Dios le hace por medio de su Palabra.

La primera constatación es la de un rechazo que parece alcanzar dimensiones cósmicas: “Estaba en el mundo, pero el mundo, aunque fue hecho por ella, no la reconoció”. Los hombres no han sabido reconocer en el mundo la semilla de su Palabra que Dios ha sembrado en toda la creación y han reaccionado con incredulidad.

Y por si no quedase del todo claro, el prólogo precisa aún más: “Vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron”. De esta manera, el himno parece referirse no sólo al rechazo de la humanidad entera, sino más concretamente al del pueblo de Israel, que en la Biblia es considerado como una posesión particular de Yavé. Lo que le ha sucedido a la Palabra con “los suyos” es sólo un botón de muestra de lo que le ha pasado con “el mundo”.

Después de constatar el rechazo universal de los hombres a la Palabra, el prólogo matiza sus propias afirmaciones. En un llamativo contraste, habla de aquellos que la acogen: “A cuantos la recibieron, a todos aquellos que creen en su nombre, les dio poder para ser hijos de Dios”. Son los que escuchan la Palabra y la acogen en su vida con fe. Son los que aceptan entablar con Dios un diálogo que les lleva a la vida. Una vida que significa la salvación. Una salvación que se concreta en el poder que la Palabra les otorga de ser “hijos de Dios”.

Ésa es la dignidad a la que son elevados los que abren las puertas de su vida a la Palabra y se dejan iluminar por ella. Y de tal manera transforma a los hombres esta condición de creyentes, que es vista como el fruto de un nuevo nacimiento que no puede ser el resultado del esfuerzo humano, sino del querer de Dios. Por eso, ellos son “los que no nacen por vía de generación humana, ni porque el hombre lo desee, sino que nacen de Dios”. Sólo Dios, a través de su Palabra, puede engendrar nuevos hijos a la vida de fe.

La *quinta estrofa* del prólogo (Jn 1,14) nos sorprende con una afirmación inesperada: “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”. Es el último recurso que le quedaba a un Dios comunicativo que no se resigna a permanecer callado. Que su Palabra eterna venga a hacerse temporal y conozca la limitación de nuestra historia. Que su Palabra divina se haga también humana y pueda así expresarse en nuestro mismo lenguaje. Dios se hace hombre y vive a nuestro lado. La Palabra es uno de los nuestros.

La Palabra “habita entre nosotros”, pero no por eso deja de estar “junto a Dios”. La Palabra se ha hecho carne, pero esa carne no oculta su condición divina. La “carne” de Jesús-Hombre es como la “Tienda del encuentro” de la que habla el libro del Éxodo (Ex 33, 7-11). En ella se manifiesta “la gloria de Dios” como un derroche de gracia, de verdad, de misericordia y fidelidad. Y es que, a partir de ahora, el Padre no necesitará otro templo para hacerse presente entre los hombres que el del cuerpo de su Hijo único. Verle a Él será igual que ver al Padre. En su vida, en sus signos, en sus palabras... Dios mismo nos sale al encuentro y habla con nosotros.

La *sexta y última estrofa* (Jn 1,15-18) escrita en prosa recoge el testimonio de Juan Bautista quien proclama la superioridad y el origen intemporal de aquel en quien se encarnó la Palabra de Dios.

A él se une el coro de los testigos oculares, la voz de todos los creyentes que hablan desde su propia experiencia: “En efecto, de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia”. Es la voz de los

“hijos” que han acogido con agrado el proyecto del Padre y han sentido que el Hijo compartía generosamente con ellos su plenitud de gracia.

Esa gracia es un regalo que Dios nos ha dado por medio de Jesucristo: “Porque la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Cristo Jesús”. La verdadera comunicación sólo puede darse por medio de Jesucristo. Ése es el nombre propio de la Palabra hecha carne.

El prólogo acaba con una contundente afirmación: “A Dios nadie lo vio jamás”. Ni siquiera Moisés (Ex 33,11.18-23). El diálogo sería imposible si no fuera porque el mismo Dios se ha empeñado en hablar con nosotros enviándonos a su propio Hijo. Sólo Él puede “contarnos a Dios” porque Él mismo es Dios, el único que lo ha visto y lo conoce. Sólo Él puede volverse hacia nosotros y revelarnos el rostro del Padre, porque vive desde siempre con Él, vuelto hacia Él, en íntima relación.

Acabando casi como empezó, el prólogo de Juan se convierte en una invitación a seguir leyendo el resto del evangelio. Ahora conocemos la verdadera identidad de su protagonista y estamos capacitados para escuchar las palabras de Jesús y contemplar sus obras, con la garantía de saber que provienen de alguien que “está en el seno del Padre y nos lo ha dado a conocer”.

PARA PROFUNDIZAR

Jesús revela al Padre

Los creyentes de todos los tiempos han deseado conocer a Dios y han tratado de abrir caminos para comunicarse con Él. La voz del salmista recoge este anhelo al preguntar: “¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?” (Sal 42,3). El prólogo del evangelio de Juan se atreve a responder con una afirmación tajante que parece frustrar toda esperanza: “A Dios nadie lo vio jamás” (Jn 1,18). Y si nadie lo ha visto, nadie sabe de verdad quién es ni puede hablarnos de Él. Si damos crédito a estas palabras, debemos aceptar que Dios prefiere vivir aislado y solitario, como alguien incapaz de salir de sí mismo para expresarse. La distancia que le separa de nosotros está recorrida por un camino señalado sólo por un gran cartel de “dirección prohibida”. Intentar comunicarse con Él sería, por desgracia, una misión imposible.

Dios es comunicativo

Pero afortunadamente, el prólogo de Juan tiene algo que añadir. Hay alguien que sí que ha visto a Dios y lo conoce. Hay alguien que puede, con toda autoridad, hablarnos de Él: “El Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer”

(Jn 1,18). Por eso, en el cuarto evangelio, Jesús es llamado “La Palabra”. Porque es el único que hace posible la comunicación entre Dios y la humanidad. Sólo Él puede mostrarnos el rostro del Padre. En sus palabras de hombre resuena la misma Palabra de Dios.

Todo ello nos enseña que Dios es comunicativo y desde el primer amanecer que iluminó el cosmos, soñaba con entablar un diálogo con los hombres. Pero los hombres no siempre se dejaron iluminar ni vivificar por su Palabra. Se encerraron en sí mismos y cortaron el hilo de la comunicación. Prefirieron las tinieblas a la luz. Se hicieron los desentendidos. No quisieron escuchar lo que Dios tenía que decirles. A pesar de eso, Él no se dio por vencido y quiso que su Palabra tomase carne humana y aprendiese nuestro lenguaje para hacerse entender mejor. De este modo, la Palabra vino a vivir entre nosotros y se hizo uno de los nuestros. Su nombre propio es Jesucristo.

Jesús es la Palabra que nos habla de Dios

A lo largo de sus páginas, el evangelio de Juan insiste en mostrarnos a Jesús como el Revelador.

De mil maneras nos recuerda que Él es el Testigo fiel en cuyas palabras se trasparenta la Palabra. Está convencido de que su testimonio es verdadero porque viene de Dios y habla de Dios que es la Verdad con mayúsculas. Al presentarnos este pensamiento, lo hace subrayando tres ideas fundamentales:

Entre Jesús y Dios se da una relación muy especial: Si Jesús puede hablarnos de Dios es porque lo conoce de verdad (Jn 7,28-29). Y si lo conoce de verdad es porque entre ellos se da una relación de cercanía e intimidad totalmente singular. Esa relación absolutamente única es la que puede ayudarnos a entender en profundidad el misterio de su vida. Por eso Jesús se atreve a llamar a Dios “mi Padre”, mientras que de Él mismo dice muchas veces que es “el Hijo”. El amor que les une hace que el Padre haya puesto todo en sus manos (Jn 3,35; 16,15). Jesús nunca se siente solo. Sabe que el Padre está siempre con Él (Jn 8,29). Tan estrecha es esta vinculación que Jesús llega a afirmar: “Mi Padre y yo somos uno” (Jn 10,30). Por eso puede decir con toda claridad: “El que me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14,9). Creer en Jesús es creer en el Padre (Jn 12,44); conocer a Jesús es conocer al Padre (Jn 8,19). Ningún evangelio se atrevió a decir tanto. La teología cristiana hablará más adelante de la Santísima Trinidad, pero en el evangelio de Juan encontramos ya un intento de expresar con categorías humanas el misterio de comunión que se da en el seno mismo de Dios.

Jesús ha sido enviado por Dios: Jesús es el enviado que viene de parte de Dios para hablarnos de Él (Jn 7,28-29; 17,8). Es el mensajero que Dios envía desde el cielo para que lo represente en la tierra

con plenos poderes. Es la Palabra que desde siempre estaba en el seno del Padre, unida a Él y en íntima relación con Él. Pero, aunque vivía desde toda la eternidad vuelta hacia el Padre no tuvo inconveniente en volverse hacia los hombres. Por eso “la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14), porque Dios no quiso ahorrar esfuerzos para entablar con la humanidad un diálogo de vida y salvación.

Jesús nos revela el rostro del Padre: Ésa es la misión de Jesús. Y Jesús es el único que puede cumplir esa misión porque sólo Él ha visto a Dios y lo conoce (Jn 6,46). Al llevarla a cabo, Jesús no hace su voluntad, sino la del Padre (Jn 5,30). No actúa por cuenta propia (Jn 8,28), sino que lo suyo es hacer aquello que el Padre le ha encargado que haga (Jn 5,36). Lo que Él hace es lo mismo que ha visto hacer al Padre (Jn 5,19). Lo que enseña no es doctrina inventada ni improvisada. No habla de oídas (Jn 8,38), sino que comunica lo que ha escuchado y aprendido de quien le ha enviado (Jn 7,16; 8,28). Da testimonio de lo que ha visto y oído estando junto a Dios (Jn 3,32). Después volverá a su lado para darle cuenta de lo realizado (Jn 16,28).

Jesús es la revelación de Dios hecha persona. Su vida, sus palabras, sus gestos, sus actitudes... todo nos habla del Padre. Quien ha visto a Jesús, ha visto al Padre. Gracias a Él el camino de la comunicación entre Dios y los hombres ha quedado abierto para siempre. Gracias a Él los hombres pueden conocer la verdad. Gracias a Él la vida de Dios puede vivificarnos. Porque Él es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Lo que Dios tenía que decirnos de sí mismo se resume en una sola palabra. Y esa Palabra es Jesucristo.

Esa Palabra llama constantemente a las puertas de nuestra vida. Si escuchamos su voz y dejamos que entre en nuestra casa, Dios se sentará a nuestra mesa y nos hablará como amigos, cara a cara.

PARA PREPARAR EL PRÓXIMO ENCUENTRO

Para la próxima reunión vamos a leer Jn 2,1-4,42. Lo encontrarás en la primera parte del evangelio de Juan, llamada el “Libro de los signos”. Verás cómo en estos pasajes –no todo son relatos– el evangelista ha colocado junto a ellos unos discursos y unos diálogos. Mientras vamos leyendo estos tres capítulos nos preguntamos:

*¿Qué signo hace Jesús?
¿De qué tratan los diálogos que siguen a este signo?*

NOTAS